

El 8 de setiembre convocó el gobierno, para el 16 de octubre, las elecciones generales de una asamblea nacional constituyente, diciendo en el decreto: «Es preciso que sepa la Europa que todo el país está con nosotros. El invasor debe encontrar en su camino, no solo el obstáculo de una ciudad gigantesca que prefiere morir á rendirse, sino tambien todo un pueblo levantado, organizado, representado, y finalmente una asamblea que lleve á todas partes, y á pesar de todas las desgracias, el espíritu vivo de la patria (1).»

El nuevo gobierno improvisado no carecía, pues, de confianza en sí mismo ni de la convicción de su fuerza; pero carecía de fuerza verdadera, porque desde la hora de su origen tuvo que luchar con otro gobierno contrario que habia cobrado vida y poder mucho antes que los contemporáneos fuera de la capital pudieran sospecharlo.

El mismo día 4 de setiembre, á las diez de la noche, poco despues de haber sido instalado el nuevo gobierno de Paris, se celebró en la casa número 6 de la plaza de la Corderie-du-Temple una asamblea de la Internacional y de las sociedades obreras de Paris. El acta de esta sesion y las de las reuniones que la siguieron fueron descubiertas en la habitacion de uno de los jefes de la sublevacion del 18 de marzo (2), y por ellas sabemos que despues de una discusion animada se resolvió:

«1.º No atacar al gobierno provisional, en consideracion á la guerra y á la insuficiente preparacion de las fuerzas populares, todavia mal organizadas.

«2.º Se pide como urgente: la abolicion completa de la prefectura de policia y la institucion de una policia de la comunidad; la destitucion inmediata de todos los funcionarios de justicia; la supresion de todas las leyes contrarias al derecho de reunion y á la libertad de la prensa ó restrictivas de estos derechos; eleccion del consejo municipal de Paris; anulacion (no perdon) de todas las condenas y persecuciones por los llamados delitos ó crímenes políticos cometidos por movimientos populares bajo el imperio.»

Esta asamblea delegó una comision para dar conocimiento al nuevo gobierno de sus resoluciones; pero como la delegacion no pudo llegar aquella noche hasta el palacio del Ayuntamiento por impedírselo la muchedumbre, fué recibida solo á la mañana siguiente. Antes de separarse, la asamblea resolvió el nombramiento de un comité central, que fuese independiente de la Internacional y de las sociedades obreras y se compusiese de delegados de los diferentes distritos. A este fin fueron invitados el 5 de setiembre los veinte distritos de Paris para formar cada uno su comité de individuos de confianza del partido, acompañando una lista de estos hombres. El 6 de setiembre se verificaron las elecciones en los veinte distritos, y cada comité eligió cuatro representantes para formar el comité republicano central, que se estableció en la casa número 6 de la plaza de la Corderie-du-Temple.

El 11 de setiembre se reunió y empezó sus tareas el «comité central de los veinte distritos» y adoptó varias medidas relativas á la defensa y alimentacion de Paris y á la organizacion de la resistencia en los departamentos. Lo que se ocultaba detrás del pretexto de la defensa nacional, empezó á revelarse cuando fueron publicadas en las esquinas el día 17 de setiembre las resoluciones del día 4, y cuando en el 22 tuvo efecto en la sala del Alcázar una asamblea general que eligió un comité de veinte miembros con el encargo de excitar al gobierno, en union de un gran número de jefes de batallon de la guardia nacional, para que ejecutara las medidas adoptadas y enviara especialmente delegados á las

(1) Véase Angeberg: *Recueil*, tomo II, pág. 509.

(2) *Informacion parlamentaria*; *Rapport*, tomo III, págs. 85 y 86.

provincias para disponer la eleccion inmediata de la *Commune* de Paris.

Desde estos días de setiembre se habian ido formando en los distritos de Paris, al lado de los alcaldes y de sus adjuntos, comités elegidos por el pueblo, que bajo el nombre de comités de vigilancia se atribuyeron el derecho de ejercer presion en las autoridades y hacer registros en las casas particulares, prender á las personas y practicar toda clase de arbitrariedades bajo el pretexto de descubrir espías de los prusianos. A la cabeza de los veinte comités de distrito, y como un verdadero gobierno enfrente del gobierno provisional del Estado, dominaba el comité central, que tenia su residencia en la ya citada plaza de la Corderie-du-Temple, y que preparó y dirigió todas las manifestaciones del 22 y 27 de setiembre y del 7, 8 y 31 de octubre; intimidó, paralizó y supeditó al gobierno de la defensa nacional, y finalmente adquirió un completo dominio de terror sobre Paris sitiado.

Al pié de los carteles del 17 de setiembre seguian los nombres de los firmantes, que eran Beslay, Briosne, Chatelain, Combault, Camelinat, Chardon, Dumay, Duval, Dereure, Frankel, Ferré, Flourens, Johannard, Jaclard, Lefrançais, Langevin, Longuet, Malon (3), Oudet, Potier, Pindy, Ravier, Régere, Rigault, Serrallier, Tridon, Thézé, Trinquet, Vaillant, Varlin y Vallez. El periódico del partido y de Blanqui, que llevaba el título: *La patria en peligro*, dijo en esta ocasion que las medidas adoptadas en las asambleas populares eran obligatorias, tanto que podia obligarse al gobierno á ejecutarlas, porque «siendo la aclamacion la expresion mas verdadera, mas libre y mas espontánea de la voluntad nacional, no debe tener el gobierno escrúpulos infundados y debe publicar irremisiblemente los decretos que el pueblo pide.»

Los jefes de este partido eran Delescluze, Blanqui, Félix Pyat, Flourens y Varlin, hallándose su ejército en las sociedades obreras y de auxilio mútuo, cuya formacion el imperio habia permitido sin sospechar el peligro que encerraban, y que solo necesitaban la ley del 12 de agosto decretando el armamento nacional para constituir un formidable ejército de la revolucion. Este ejército levantó su bandera como poder beligerante desde el 17 de setiembre, siendo conocidos su programa y sus jefes por sus firmas en los citados carteles de aquel día; y no habiéndoles perseguido nadie, pudieron avanzar mas. Así es que á los carteles del 17 de setiembre siguieron otros en los cuales el comité central pidió en nombre del pueblo un alistamiento general, manutencion gratuita y salidas en masa, exigiendo tambien «sitio para el pueblo, sitio para la *Commune*.» El comité central publicaba semanalmente sus resoluciones y los comités de distrito sus sesiones en un boletín especial llamado *Boletín de la Municipalidad*, que fué el periódico oficial de un poder ante el cual temblaban los ministros y los alcaldes, como en otro tiempo habia temblado todo Paris ante Marat, «el amigo del pueblo», y ante la *Commune* que desde el 10 de agosto de 1792 tenia su domicilio en las Casas Consistoriales. De los comités de distrito refiere un testigo que este nuevo poder de segundo orden reinaba con despotismo por medio de sus delegados. No conocia ley y todo debia inclinarse ante su voluntad. Era el azote de los barrios. Enviaba guardias nacionales para hacer registros en las casas, sin dejar ni sótanos, ni bodegas, llevándose los comestibles y el vino que allí encontraban. Estos pretendidos delegados procedian sin que nadie les vigilara; efectuaron embargos sin respetar derechos de nadie,

(3) Malon es autor de un libro muy instructivo tocante á estos sucesos, que publicó en 1873 con el título: *La tercera derrota del proletariado francés*.

recaudaron dinero y además hicieron el papel de médicos á la cabecera de la sociedad enferma (1).

Este gobierno siniestro de Paris era, sin embargo, omnipotente, porque estaba completamente á su devocion la nueva guardia nacional.

Si malo era el armamento general, peor fué el pago general de los armados (2). En un principio los guardias nacionales pobres recibieron un sueldo diario de franco y medio; pero no se tardó en reclamar y conseguir este sueldo para todos los guardias nacionales, ricos ó pobres. A esto se agregó muy pronto un aumento de 75 céntimos por la mujer, legítima ó no, de los guardias, y 25 céntimos por cada hijo, legítimo ó no. Esto tuvo por consecuencia que casi todos los obreros abandonaron los talleres y tomaron las armas. Ya nadie queria trabajar, á pesar de haber mucho trabajo; pues se habian de hacer ropas y calzado, fundir cañones, levantar terraplenes para baluartes, hacer trincheras y fosos de defensa, moler el trigo y otros trabajos indispensables y urgentes. Para todo esto, sin embargo, faltaban obreros, porque para los solteros era mas cómodo hacer de soldado, y para los casados, cargados de numerosa familia, era mas productivo el oficio de guardia nacional. Además este oficio no ofrecia ningun peligro, porque aquella gente no llevaba las armas contra los prusianos, sino contra los burgueses de la propia comunidad.

En tiempo del imperio se habia compuesto la guardia nacional de sesenta batallones, á los cuales un decreto de Gambetta del día 6 de setiembre añadió otros sesenta nuevos; de haber sacado sus individuos sistemáticamente de la poblacion por calles y barrios, se habria podido formar con los de 35 á 50 años una buena reserva para el servicio interior de la ciudad, y de los jóvenes de 25 á 30 un buen número de regimientos de campaña que se hubieran podido enviar á los ejércitos activos para completarlos. Así, en efecto, lo quiso la ley, y así fué interpretada y aplicada esta ley en las provincias; pero no sucedió lo mismo en la capital, donde la inscripcion estaba directa ó indirectamente en manos de aquellas personas que tenian interés en constituir una clase especial y en servirse de la guardia nacional como arma formidable contra la sociedad. Se habian admitido en la guardia nacional, evidentemente con intencion, de 30,000 á 35,000 penados, y además las legiones de todas las sociedades secretas; todos, sin excepcion, instruidos y dispuestos á no pelear nunca contra los prusianos de fuera, para reservar todas sus fuerzas contra los llamados «prusianos de dentro.» «Es innegable, dice un coronel del estado mayor de la guardia nacional, que en ciertos batallones ha existido siempre una conjuracion permanente y la resolucion inquebrantable de no hacer armas contra el enemigo, sino de hacer la guerra civil.» Los jefes de este partido, Blanqui, Flourens, J. Vallés, Razoua, Varlin, Milliere y muchos otros, se hicieron elegir ó se nombraron ellos mismos oficiales.

Julio Ferry dijo en la sesion del gobierno del 16 de setiembre: «Los batallones que se están formando no tienen soldados, y los jefes de batallon se nombran á sí mismos ó se hacen nombrar por un puñado de amigos.» El coronel Baudoin-Mortemart, sub-jefe del estado mayor de la guardia nacional, atestigua que todos los comisarios de distrito que debian formar las listas de la guardia nacional, servian á un objeto político, que evidentemente nada tenia que ver con la defensa de la nacion, y obraban contra la letra y el espíritu de las disposiciones del gobierno. En lugar de admitir solo ciudadanos, inscribian en las listas gente forastera, ex-

(1) *Rapport*, tomo III, pág. 110.

(2) *Rapport*, tomo III, pág. 113.

tranjera y completamente desconocida en el país, sin exceptuar gente escapada de los presidios y de otros establecimientos penales. Con este procedimiento se aumentó el número de batallones, en 30 de setiembre, hasta 194, debiendo ser en un principio sesenta. En este tiempo se habian repartido 280,737 fusiles, cuyo número se habia aumentado en enero hasta 313,071, y finalmente hasta 340,000; y todo esto habia de servir solo al partido socialista, como lo demostraron claramente los nombres de los jefes de los batallones y de los individuos de los comités, que todos pertenecian al mismo partido.

Paris estaba dominado por un ejército de 300,000 hombres que vivian de la guerra, pero que no llevaban las armas para hacer la guerra. Eran los mismos que despues de la batalla de Waterloo, en 1815, reclamaron armas á gritos; pero á quienes Napoleon I no satisfizo, diciendo: «Mi mano no tendria bastante fuerza para tener sujeto al pueblo de Paris una vez que estuviera armado.» Esta verdad no se habia comprendido en los cincuenta y cinco años que habian pasado desde entonces, hasta que en esta ocasion se llegó á comprender.

El egoismo brutal de este partido, que en el estado de guerra disfrutaba poder y satisfacciones, comprendió que al cesar este estado habia de volver á la servidumbre y á la pobreza; y éste fué el obstáculo insuperable para hacer un armisticio, que ofreció Bismarck en Ferrieres, y tambien para convocar una asamblea nacional fuera de Paris, que despues de una larga resistencia creyó necesaria el mismo Gambetta en 16 de setiembre. Contra el armisticio y la asamblea nacional se levantó la anarquía armada como un solo hombre. Julio Ferry en 22 de setiembre dió parte al gobierno de una manifestacion en la cual «los delegados de la guardia nacional, en union con los representantes de las sociedades republicanas, habian pedido despóticamente hacer la guerra hasta el último extremo y abandonar toda idea de elecciones para una asamblea nacional.» Semejante manifestacion era ley para el gobierno, que solo existia merced al gobierno contrario; y así en 23 de setiembre el gobierno provisional decidió unánimemente el aplazamiento de las elecciones, á pesar de haberlas decretado el 16 de setiembre para el 2 de octubre; «pues si en provincias, dijo despues Julio Favre, se hubiese reunido una asamblea le hubiera declarado la guerra la poblacion de Paris (3).»

Blanqui dijo en su periódico el 28 de setiembre: «Si se hacen elecciones, es seguro el triunfo de los reaccionarios; las asambleas de diputados son una moda gastada, condenada y mala, no solo en tiempos de crisis y de guerra sino en todos los tiempos.»

CAPITULO II

THIERS, JULIO FAVRE, BISMARCK Y LAS CONDICIONES DE PAZ DE ALEMANIA

Es un defecto de los políticos liberales el no distinguir en lo que se llama pueblo, á los poseedores de los que nada poseen. Los mismos derechos políticos tienen un aspecto radicalmente diferente, segun son ejercidos por hartos ó por hambrientos y segun se destinan á la conquista ó á la conservacion del poder supremo. Esto no lo podian saber los patriotas cuando en el año 1789 elevaron á ley los derechos del hombre y del ciudadano, derechos de los cuales el cuarto estado habia de hacer un uso horrible; pero podian haberlo sabido muy bien los once diputados del departamento del

(3) *Rapport*, tomo III, págs. 147-151.

Sena que se unieron el 4 de setiembre de 1870, en el palacio del ayuntamiento de París, para formar un pretendido gobierno. El cambio completo que se había operado en el espíritu de la clase obrera no era un secreto para nadie, y el poder de los batallones de obreros, reunidos bajo el nombre de guardia nacional con jefes nombrados por su misma tropa, se había hecho sentir tan vigorosamente como había sido posible sin el empleo directo de las armas. Verdad es que los gobernantes conocían perfectamente la fuerza de este poder, pero no comprendieron que no les pertenecía ni nunca les pertenecería, como lo prueba la alocución redactada por Julio Favre que el gobierno provisional dirigió el 4 de setiembre á la guardia nacional, y que decía:

«Aquellos á los cuales acaba de confiar vuestro patriotismo la penosa misión de defender el país, os dan cordialmente las gracias por vuestro valeroso sacrificio. A vuestra decisión debemos el triunfo cívico que restituye á la Francia la libertad. A vosotros se debe que este triunfo no haya costado una gota de sangre. El poder personal ya no existe. Toda la nación recobra sus derechos y sus armas. Se levanta pronta á morir por la defensa de sus hogares. Vosotros le habeis restituido el alma que el despotismo había ahogado. Vosotros mantendréis incólume la ley, y rivalizando con nuestro noble ejército nos enseñareis juntos el camino de la victoria.»

En la cándida creencia de que el objeto del asalto que dió la guardia nacional á la cámara el 4 de setiembre era únicamente el de salvar la patria vendida por el emperador, publicó Julio Favre dos días después el manifiesto de la república dirigido á las potencias de Europa, en el cual cometi6 la imperdonable ligereza de decir públicamente que la Francia vencida de ningún modo haría por la paz los sacrificios que habría exigido al adversario si hubiesen estado invertidos los papeles. Esta circular del 6 de setiembre (1) fué un desahogo del corazón del autor, que al redactarla se figuró en su imaginación hallarse enfrente de una asamblea popular francesa y creería oír á cada momento sus atronadores aplausos; y tanto se embriagó con el sonido de sus magníficas frases, que al concluir ya no supo lo que dijo. Las últimas frases de este documento retratan al hombre y á su obra.

«El rey de Prusia ha declarado que hacia la guerra no á la Francia sino á la dinastía, que está derribada (2). La Francia se levanta. ¿Quiere continuar el rey de Prusia una lucha impía, que le será por lo menos tan fatal como á nosotros? ¿Quiere dar al siglo XIX el cruel espectáculo de dos naciones que se arruinan mutuamente sin acordarse de la humanidad, de la razón y de la ciencia, amontonando ruinas y cadáveres? Pues bien, que cargue con esta responsabilidad ante el mundo y ante la historia. Si es un reto, lo aceptamos. No sacrificaremos ni una pulgada de nuestro país ni una piedra de nuestras fortalezas. Una paz deshonrosa sería un poco tiempo una guerra de aniquilamiento. Solo trataremos sobre la base de una paz duradera. En este punto es nuestro interés el de toda la Europa y tenemos motivos para esperar que así será planteada la cuestión por las cancillerías después de haber quedado despejada de todas las cuestiones dinásticas; pero aunque quedáramos solos no cederíamos; tenemos un ejército decidido, fuertes bien pertrechados, un cinturón excelente de fortalezas, y sobre todo un baluarte de 300,000 corazones de combatientes resueltos á sostenerse hasta el último aliento. Si se depositan coronas al pie de la estatua de Estrasburgo, no solamente demuestran

(1) Angeberg: *Recueil*, tomo II, págs. 511 á 513.

(2) Como se sabe, no dijo nunca semejante cosa el rey Guillermo. En su alocución al pasar la frontera, solo había dicho que distinguía entre los franceses del ejército y los franceses no armados, ya de la ciudad, ya del campo.

un sentimiento de admiración y entusiasmo sino que se recibe también un santo y seña heroico, se jura mostrarse dignos de los hermanos de Alsacia y morir como ellos. Después de los fuertes se encontrarán los baluartes, y después de los baluartes las barricadas. París puede sostenerse tres meses y salir victorioso. Si sucumbiera, se alzaría á su llamamiento la Francia para vengarse; continuaría la lucha, en la cual perecerían los agresores. Esto es lo que ha de tener presente la Europa. No hemos aceptado el poder con otra intención, y no lo conservaríamos ni un minuto mas si no encontráramos la población de París, como la de toda la Francia, decidida como nosotros. Reunio nuestras resoluciones en una sola palabra: ante Dios que nos oye y ante la posteridad que nos juzgará, queremos únicamente la paz; pero si se continúa una guerra incúca que nosotros hemos condenado, cumpliremos nuestro deber hasta el fin y tenemos la convicción firmísima de que nuestra causa vencerá, porque es la causa del derecho y de la justicia.»

La historia del gobierno cuyo ministro de Negocios extranjeros se expresó en su circular del 6 de setiembre en estos términos, está formada por una serie de sucesos que destruyeron todas estas ilusiones patrióticas y que obligaron á su autor, elocuente y piadoso, á hacer justamente aquello mismo que había condenado en este documento público.

El gobierno de la defensa nacional tuvo un cronista muy asiduo en la persona del diputado Dréo, que ha conservado notas de todos los debates y resoluciones. Estas notas fueron presentadas todas en el año 1871 á la comisión de información parlamentaria establecida en Versalles, la cual comisión quiso publicar literalmente toda la colección como fuente valiosísima de la historia contemporánea; pero el autor se opuso á ello decididamente por la razón de que sus notas nunca habían sido leídas ni aprobadas por los actores, de suerte que les faltaba el sello oficial y podrían ser usadas para acusaciones futuras contra miembros del gobierno que no pudiesen ó quisiesen defenderse. La comisión investigadora se hubo de limitar, pues, á aprovechar lo que se le había permitido leer y extractar, pero no copiar (3). Por escueta que sea la lista de estas notas, resulta, sin embargo, un cuadro general vivamente perfilado que permite sacar conclusiones solidísimas respecto de las cosas ocultas que constituyen el fondo de los sucesos. Vemos claramente un gobierno cuyos miembros cada día y cada hora están en disidencia entre sí, porque los hechos no concuerdan nunca con sus deseos y suposiciones; de suerte que este gobierno debía arrepentirse cada día de lo que había hecho el anterior, hasta que al fin todos sus miembros, sin exceptuar á Julio Favre, creyeron todo cuanto les plugo menos lo que habían pretendido creer públicamente y lo que habían de pretender creer en adelante, so pena de quedar asfixiados bajo la gritería del populacho indignado, al cual aquel mismo gobierno había armado, asalariado y desencadenado. Vemos con asombro que inmediatamente después de haber publicado Julio Favre su arrogante circular, se discutió en el seno del gobierno, sin ninguna indignación, una base de paz que estaba en abierta contradicción con aquel documento.

Julio Favre refiere que cuando leyó su circular en la sesión del gobierno, solo un individuo le hizo una observación contra la expresión «ni una piedra de nuestras fortalezas,» que el ministro de Hacienda, Picard, quiso que se tachase para no cerrar la puerta á la posibilidad de salvar á Estrasburgo y Metz bajo la condición de arrasar sus fortificaciones; á lo cual se le contestó que cuanto mas firme se presentara el go-

(3) *Información parlamentaria; Rapport I. Chaper. Sur les procès-verbaux des séances du Gouvernement de la Défense nationale*, París, 1873.

bierno, tanto mas alcanzaria, y que no debía ofrecerse la destrucción de estas obras de fortificación justamente en el momento en que en Estrasburgo se defendían tan heroicamente. Fué admitido en la misma sesión unánimemente el principio de la integridad del territorio francés, y sin embargo leemos en el acta de la sesión del 8 de setiembre la nota siguiente:

«Se pasa á la discusión de las bases de un convenio con Prusia. ¿Podría consentirse en la cesión de la escuadra y renunciar á las orillas del Rin? ¿No sería menester convocar primero á la Francia á fin de que se diera una constitución, que nombrara una asamblea con la cual pudieran tratar sin escrúpulo las potencias extranjeras y la misma Prusia?»

El simple hecho de plantear semejante cuestión prueba que el espíritu estaba muy distante de ser tan heroico como daba á entender la circular de Julio Favre; mas semejante cuestión correspondía á la realidad, cuya gravedad se ocultó el ministro de Negocios extranjeros, á pesar de no haberle ocultado los representantes de Inglaterra, de Austria y de Italia, en las primeras entrevistas, que la Francia no debía contar mas que con la buena voluntad de las grandes potencias. Hasta el caballero Nigra denunció el tratado del 15 de setiembre de 1864 y dejó entrever la marcha del rey de Italia sobre Roma; y el príncipe de Metternich llegó á declarar que el Austria, así como nada había hecho hasta entonces, nada podía hacer tampoco en adelante en favor de la Francia, porque la Rusia la había amenazado con aliarse contra de ella con la Prusia, y no le quedaba mas que desear que se hiciera pronto la paz, la cual, sin embargo, el gobierno austriaco no creía posible sin la cesión de la Alsacia (1).

Julio Favre, en situación desesperada por verse aislado é impotente el gobierno, visitó en 9 de setiembre á Adolfo Thiers para suplicarle que intercediera á favor de la Francia cerca de los gobiernos monárquicos de Europa, y en primer lugar cerca del gobierno inglés. Le encontró enfermo en cama y nada dispuesto á ponerse en camino para recorrer las cortes europeas como embajador extraordinario, después de haberse negado á formar parte del gobierno del 4 de setiembre. Sin embargo, contestó: «Usted me pone en un compromiso extraordinario con su encargo, en el cual no había pensado ni remotamente. Usted conoce mis opiniones, que no son hostiles al gobierno de la defensa nacional, al cual deseo buen éxito, pero también deseo mantenerme ajeno á este gobierno. Estoy muy poco dispuesto á servirle de mensajero; pero este obstáculo es el menor, la dificultad principal consiste en la dureza de corazón de los gabinetes de Europa. Sería doloroso para mí perder la salud batallando contra la frialdad de los gabinetes, y tengo el presentimiento de que éste sería el final de la misión que usted me ofrece. No obstante, estoy tan afligido por nuestro infortunio, que me cuesta trabajo negar mi auxilio á las personas que quieren amornar estas desventuras. Suplico á usted que me conceda algunas horas de reflexión; mañana le daré mi contestación.»

Thiers era uno de aquellos hombres cuya inagotable fuerza juvenil se manifiesta en que caen enfermos si se ven condenados á la inacción y cuando es necesaria su actividad recobran súbitamente la salud y el vigor, olvidando los achaques de la vejez y la debilidad corporal. Así fué que á la mañana siguiente llegó Thiers al despacho del ministro para darle personalmente su contestación, admitiendo la misión y ofreciendo hacer mas de lo que se le pedía, estando dispuesto á ir no solamente á Londres, sino también á San

(1) Julio Favre: *Gouvernement de la Défense nationale*, París, 1877, tomo I, págs. 114 á 122.

Petersburgo y á Viena. La decisión tranquila y vigorosa con que aquel anciano, que tantas veces se había sacrificado por la patria, se sometió á esta nueva prueba de trabajo, peligros y contrariedades que le imponía tan ingrata misión, asombró á Julio Favre, que no cupo en sí de alegría (2).

Thiers partió en la noche del 12 de setiembre, y llegando al puente de Creil, vió allí al oficial de ingenieros encargado de volar el puente y que solo esperaba el paso de Thiers para cumplir su encargo. En la mañana del día siguiente llegó á Londres, y encontró en la embajada francesa apenas alojamiento, por haberse sacado ya todos los muebles. Al saber que el célebre orador parlamentario había llegado á Londres, acudió lord Grandville, que estaba en su quinta de Dover, y fué á buscarle á la misma embajada francesa, antes de que el gran estadista francés le visitase en el ministerio. Con este paso atento mostró personalmente á Thiers su admiración, y al mismo tiempo le dió á entender de una manera muy delicada que el gobierno provisional francés no estaba reconocido todavía oficialmente y que de consiguiente solo podía negociar con el embajador extraordinario con carácter enteramente personal y semi-oficial (3). No se limitó á esta sutilísima indicación, sino que dijo á Thiers en el curso de la conversación (4) que mientras el gobierno provisional no se diera prisa á hacerse reconocer en Francia por una asamblea nacional elegida libremente, no podía pretender ser reconocido por la Europa. A todas las instancias de Thiers para que Inglaterra diera su opinión contra la concupiscencia de conquista de la Prusia, que era un peligro general, opuso el ministro inglés con inexorable sangre fría que la Inglaterra no quería guerra y que, por lo mismo, el gobierno inglés no debía dar ningún paso que pudiese comprometerle; pero que la Inglaterra estaba dispuesta á facilitar una entrevista personal entre Bismarck y Julio Favre, si este último quería dar semejante paso.

De esta promesa se asió Thiers para conseguir el apoyo del ministro Gladstone, lo cual dió lugar á la siguiente conversación notable:

Thiers: «La Inglaterra ha de salir de su inacción; debe ser ella quien proponga la entrevista, y la debe exigir como una deuda que debe satisfacerse á toda Europa y á la humanidad entera.»

Gladstone: «Indudablemente Inglaterra será la mediadora para esta proposición.»

Thiers: «¿Mediadora? Sea, pero no puede limitarse á servir simplemente de mensajera; ha de hablar como corresponde á su importancia, á su dignidad y á los sentimientos elevados que profesa. Al servir de mensajera de paz, ha de exigir su aceptación como un deber de humanidad, porque la humanidad se indigna al ver los torrentes de sangre que derraman dos grandes pueblos civilizados.»

Gladstone: «Eso mismo dirá lord Grandville.»

Thiers: «Eso no basta; la Inglaterra no debe contentarse con hablar el lenguaje de un cura de aldea que predica la caridad cristiana; ha de hablar en nombre de Europa; ha de prestar palabras á la opinión de Europa respecto de los sucesos del día; Inglaterra ha de decir que la humanidad pide la paz, pero también ha de decir alguna palabra sobre la manera de hacer esta paz y ha de añadir que se debe poner término al derramamiento de sangre por medio de una paz equitativa y duradera, que no haga mayor daño que el que ya se ha hecho al equilibrio europeo.»

Gladstone: «Eso mismo dirá lord Grandville.»

(2) Julio Favre, tomo I, pág. 128.

(3) Sorel: *Hist. diplomatique*, tomo I, pág. 315.

(4) Angeberg, tomo II, págs. 554 á 560, donde se encuentra la carta que Thiers dirigió á Julio Favre en 13 de setiembre.